

E. MIRET MAGDA LENA

Ahora que se ha reunido la XVII Asamblea de la Conferencia Episcopal Española es necesario que los católicos no nos centremos solamente en los trabajos de esta Asamblea nuestra, sino que dirijamos nuestra vista hacia fuera con el fin de evitar las posibles estrecheces de nuestra mirada y complementar los puntos de vista nuestros con los de fuera.

En Francia se ha celebrado la Asamblea General de la Federación Protestante, y uno de sus principales responsables, el conocido pastor Georges Richard-Molard, acaba de decir que "el Evangelio nos manda tener la cabeza en el cielo y los pies en la tierra". Precepto muy importante para nuestros obispos y para nuestros católicos, que demasiadas veces tienen o la cabeza poco clara o los pies poco asentados.

No nos olvidemos tampoco de lo que otro obispo francés, monseñor Derouet, acaba de subrayar en estos días después de la Asamblea Episcopal Francesa. Este prelado católico nos dice, inspirándose en el teólogo protestante Moltmann (cuyos principales libros han sido traducidos al castellano por la editorial Sigueme), que debemos ir "contra una espiritualidad etérea, ya que la esperanza del cristiano—fundada en la Resurrección del Señor—no es algo que se vaya a las nubes y desprecie el movimiento de la Historia, con sus combates y sus sufrimientos: precisamente esta esperanza mete de lleno al creyente en este mundo que hay que transformar".

De ahí que—como vengo repitiendo insistentemente—si nuestros obispos se quedan en frases más o menos etéreas, o más o menos descomprometidas o abstractas, esto no sirve para nada. Del mismo modo que tampoco serviría la postura contraria de quererlos llevar como niños de pecho por el camino de sus opiniones privadas, que no tenemos por qué seguir. "El mundo—como dice monseñor Derouet—está referido no a la Iglesia, sino a su propio perfeccionamiento y a su propio deseo intenso de alcanzar la plenitud, y este es el desarrollo lógico de la creación". El mundo es autónomo, y los seglares tenemos que construirlo, seamos creyentes o no lo seamos; pero si somos creyentes tenemos que darle un último sentido que nos descubre el Evangelio, pero que nosotros mismos somos quienes tenemos el deber y el derecho de aplicarlo sin recetas episcopales. Lo que el episcopado tiene que hacer es defender en concreto y en cada ocasión nuestro deber y nuestro derecho, si hay algún que lo niegue en la teoría o en la práctica.

Si se trata del problema de las vocaciones sacerdotales, no debemos tener tanto miedo, como ha manifestado nuestro episcopado, o incluso el episcopado francés, al enfrentar los problemas reales que el clero tiene. El hecho de que el problema del clero y de las vocaciones sea un tema difícil, como ha dicho el cardenal Tarancón con acierto, no quiere decir que no deba ser tratado con total realismo, sin eufemismos ni timideces. Es lo que, por ejemplo, ha hecho en buena parte el arzobispo de Toulouse, monseñor

Guyot, con el incidente de los tres sacerdotes de su diócesis y otros tres que colaboraban con ellos en una parroquia de esa ciudad francesa. Uno de estos sacerdotes había decidido unirse civilmente con una chica joven y vivir como si fueran marido y mujer; sus colegas no lo habían hecho, pero amparaban su decisión. El arzobispo separó de su función sacerdotal parroquial a aquel sacerdote y los otros cinco han dimitido públicamente en solidaridad con su compañero.

El arzobispo francés, si bien por un lado no ha querido aceptar ninguna excepción a

CON LOS PIES EN LA TIERRA

la actual legislación de la Iglesia sobre el celibato del clero, sin embargo afirma: "Respeto la conciencia de estos sacerdotes y tomo nota de la decisión que han tomado... y pido a todos—lo mismo sacerdotes, que laicos, que religiosos—que no condenen a los demás, sino que hagan la propia revisión de su vida a la luz de la fe, porque la fe no es una ideología cerrada; la obediencia no es lo mismo que la inercia; la libertad no es la licencia; la prudencia no es la pereza; la solidaridad no es la complicidad; la creatividad no es la anarquía". Y concluye con una modestia digna de todo respeto en un arzobispo: "Todos somos aprendices en este tiempo de relaciones nuevas que exige el Concilio entre los miembros del pueblo de Dios".

Debemos meditar también lo que dice el famoso teólogo René Laurentin sobre nuestro país, en su reciente crónica—inteligente crónica—del periódico Le Figaro: "Si España es la Iglesia de Europa que todavía tiene el mayor contingente de seminaristas y de sacerdotes jóvenes, también es la que tiene el mayor número de abandonos del sacerdocio". Esta es nuestra realidad, y estos son nuestros problemas, los cuales, en vez de orillarlos o tratarlos abstractamente, debíamos claramente plantearlos e intentar ayudar seriamente a su encauzamiento. Yo, sin embargo, creo que es un buen síntoma que haya muchos sacerdotes que abandonan su función sacerdotal, señal de que son sinceros consigo mismos y señal también de que muchos habían accedido a la clero sin saber bien lo que decidían. Lo que hace falta es crear una nueva actitud y un nuevo clima que permitan un tipo de sacerdotes perfectamente adaptados al mundo actual y a sus problemas. Incluso—¿por qué no?—adoptar claramente la postura de monseñor Riobé ante todos sus colegas de la Asamblea Episcopal Francesa. El obispo de Orleans dijo: "¿La defensa desesperada de las estructuras pasadas no oculta a la Iglesia lo esencial de su responsabilidad?". Y la postura

consecuente de monseñor Riobé fue muy sencilla: se preguntó, ante todos los obispos reunidos en Lourdes, si no tendría que haber dos tipos de sacerdotes, el uno con dedicación plena y habiendo escogido libremente el celibato para consagrarse todo el tiempo a su función sacerdotal, y los otros, dedicando nada más que una parte de su tiempo al sacerdocio, elegido entre los miembros de una comunidad cristiana de base y viviendo plenamente su vida de padre de familia. Yo creo que estos son los problemas que se debían enjuiciar a la mayor brevedad por los obispos y no seguir con estos temores, tardanzas y retrasos que a nada bueno conducen, como la Historia se está encargando diariamente de demostrarnos.

Otro problema que deberían haberse ocupado los obispos desde hace mucho tiempo y que tuvieron una ocasión única cuando se discutió hace más de un año el estatuto sobre objeción de conciencia en las Cortes, sin llegar a ninguna resolución, es este de los objetores de conciencia. En España hay doscientos cuarenta y cinco objetores en prisión, la mayoría testigos de Jehová, y tres católicos entre ellos. Son partidarios de la no-violencia, y el Concilio, así como el Sínodo Mundial de Obispos, reconocieron la urgencia de que hubiera leyes regulando y aceptando la objeción de conciencia. Pero nuestros obispos, hasta ahora, han hecho oídos sordos en las ocasiones que fueron tan propicias para adoptar una actitud concreta y favorecedora de la paz entre los hombres. Y en esta ocasión, durante la semana que ha estado reunida la Conferencia Episcopal, ha habido diez cristianos que han ayunado orando por la paz y la justicia, por el espíritu de amor y de verdad que a todos los fieles creyentes, sean laicos u obispos, tanta falta les hace para dar un testimonio real de cristianismo. Esperemos que estos ejemplos acucien a todos, no sólo seglares, sino también obispos, a comprender mejor los problemas del mundo actual y la necesidad de adoptar de una vez posturas pacíficamente valientes. Si no, el crédito de los obispos cada vez decrece más en todo el mundo.

Y en otro terreno no menos importante—el de las relaciones entre la Iglesia y el Estado—esperemos que de verdad tanto el Episcopado como la Santa Sede se decida claramente al programa de independencia propugnado por monseñor Tarancón. Ojalá se llegase, por lo menos, a plasmarla concretamente para bien de todos, pues muchos deseamos en nuestro país una fórmula o una postura concreta que sean nuevas para que de verdad exista una radical independencia entre Iglesia y Estado, para bien del uno y del otro.

Lo mismo que en el apostolado seglar: mi opinión es que nuestro episcopado en general teoriza sobre algo que ya no existe, porque la realidad española no encaja en sus elegantes proyectos teológicos, inspirados en el Concilio, y ya desfasados por la realidad nuestra.